

5. El favorito de los dioses

VEINTICUATRO HORAS DESPUÉS del violento encuentro en la alcaldía, la paz y el orden reinan de nuevo en Nueva York. El miércoles 17 de junio a la 1:30 P.M., el alcalde Wood se rinde ante la Ley cuando el comandante de la Guardia Nacional le notifica que de nada le servirá seguir haciendo resistencia; y que la orden de arresto se ejecutará a como dé lugar, aunque tenga que usar la fuerza entera de su Primera División de la Guardia estatal. La Policía Metropolitana enseguida arresta al alcalde, pero lo deja irse a su casa mientras pende un recurso de amparo. Una hora después, "la alcaldía está vacía, el parque desierto, el peligro ha pasado, y la excitación se ha desvanecido rápidamente".⁵⁵ En el Juzgado, un testigo declara que durante la batalla campal del 16 de junio en la alcaldía, el concejal Wilson no sólo jefeó a la turba, sino que con su propia mano le dio un garrotazo a un policía. Enjuiciado por el motín y asalto, Wilson sale libre bajo fianza mientras comienza el juicio. Pasando así la lucha de las calles a los tribunales, se abate el sensacionalismo y la prensa enfoca otros asuntos. El *New York Herald*, en particular, le pone especial atención a Walker: le sigue de cerca sus pasos en la ciudad durante varios días, comenzando con un boceto a pluma de su persona:

El aspecto personal del general Walker desilusionó a muchos de los espectadores. Apenas tiene un poco más de cinco pies ocho pulgadas de estatura, o quizá menos. Es flaco; su peso no sobrepasa las ciento cuarenta libras. No usa barba ni bigote, y con los ojos grises, nariz aguileña, pómulos prominentes y el rostro bronceado por el sol, etc., presenta un notable pare-

cido a un cacique siux. El cabello es color castaño claro, bastante corto, y vestía traje sencillo de paño fino, con corbatín de raso y cuello de pájarita. Viéndolo desde el ángulo reporteril, y fuera de Nicaragua, el general Walker no parece ser el hombre terrible que se supone ser. Habla preciso y claro, y rápido, aunque cuando su semblante está en reposo no aparenta ser persona de gran energía. No obstante, recibió la bienvenida de anoche con una placidez casi rayana en apatía.⁵⁶

En la primera mañana en Nueva York, después de desayunar en la Casa La Farge con Lockridge, Waters y Fayssoux, Walker sale a caminar por la calle Broadway. Nadie le pone atención pues no es conocido en la ciudad; "como cualquier otro buen demócrata, camina por la acera con indiferencia, ahora esquivando una falda emballada súper ancha o a un hijo de Erin con una artesa, con tanta agilidad como si no fuera un distinguido General, comandante reciente de un ejército intrépido".⁵⁷ Se retrata en el estudio de Brady, "el famoso fotógrafo de Broadway", regresa al hotel, donde "constantemente" lo llegan a ver "diversos ciudadanos prominentes" y concede una entrevista al reportero del *Herald*, quien relata:

En la conversación el general Walker exhibe una especie de quietud diplomática, prefiriendo escuchar, como todo buen general, y habla lo menos posible. Sin embargo, no tiene pelos en la lengua para expresar su determinación de regresar a Nicaragua con suficientes fuerzas para hacer de su retorno un evento de interés. Cree que unos mil hombres serán suficientes para lograr su propósito, y jura que para proteger los derechos de millares de ciudadanos Americanos naturalizados nicaragüenses, está decidido a regresar allá, y "si no lo admiten pacíficamente, entrará a la fuerza si fuere posible". Respecto a su salud, observa que fue extremadamente buena mientras estuvo en Nicaragua, lo cual se lo atribuye a sus hábitos abstemios. Dice que muchos de los soldados parecían actuar como si habían llegado al país a nada más que comer piñas, a lo cual le atribuye la gran mortandad entre ellos. Agrega que él comía

frugalmente, y que es igualmente abstemio en cuanto a vinos y licores espirituosos. Inspeccionando de cerca su persona, el general Walker aparenta ser un hombre de profundo pensamiento; los ojos son algo hundidos, lo que le da, cuando se fatiga, el aspecto de estar preocupado. Conversa en tono muy uniforme y con algo de titubeo.⁵⁸

Pasa la tarde con Henningsen y otros amigos, acepta otra invitación y se toma otro retrato, esta vez en el estudio de Frederick. En la noche, el Comité de Recepción lo acompaña al teatro Bowery. Han reservado la primera fila del palco central, que adorman con festones tricolores y la bandera americana; también tienen reservado el palco adyacente para la Segunda Compañía de los milicianos neoyorquinos *The Continentals*. Walker y comitiva llegan al teatro ya casi por terminar el primer acto, y ocupan sus asientos en primera fila. Cuando baja el telón, toda la sala le da "sucesivos y vigorosos vivas" intercalando gritos de "que hable, que hable". Walker se levanta, y en cuanto logra aplacar la algarabía, pronuncia el discurso de rigor:

Os doy las gracias por estas manifestaciones de aprobación de una causa que vuestra conducta prueba es amada por todo corazón Americano. (Gritos de "Bueno"). La conducta del pueblo de los Estados Unidos, desde nuestro arribo a sus costas, prueba que no se deja engañar por las maliciosas noticias, por falsas que sean —por lo industriosamente que circulen. El pueblo en sus instintos siempre está en favor de una causa que tiende a promover su bienestar y su gloria. De nuevo os doy las gracias en nombre de la causa que represento, por estas manifestaciones de aprobación. (Aplausos).⁵⁹

Walker vuelve a su asiento, rodeado de sus amigos los coroneles Anderson, Lockridge y Waters, los capitanes Fayssoux, McArdle y O'Keefe, don Pedro Yginio Selva y otros. Cuando sube el telón para el siguiente acto, sale un muchacho en escena, gritando "¡El New York Herald! ¡Aquí está el Herald! ¡Llega el general Walker, el héroe de Nicaragua!" —habiéndose

ajustado el libreto para la ocasión. Él y sus amigos se van enseguida, antes de que termine el espectáculo, escoltados por los Continentals hasta el hotel. Ahí conferencia al día siguiente con "varios caballeros que han tomado gran interés en los asuntos nicaragüenses", pero quince o veinte de sus antiguos soldados que van a verlo a la Casa La Farge, no lo pueden ver; tampoco puede verlo un anciano ansioso de saber de su hijo, que fue a Nicaragua y a quien teme "haber perdido para siempre".⁶⁰ Walker pasa casi todo el día en la residencia de Henningsen, y por la noche va al teatro Wallack con Henningsen y su esposa, el general Cazneau, Waters, Fayssoux, "la esposa de un juez muy conocido" y otros simpatizantes de su causa. "Lo ovacionan". La orquesta toca "Hail Columbia", pero el público hace tanta bulla que casi no se oye la música. Walker pronuncia otro discurso, recibe "tremendos aplausos" y se queda hasta el final de la función. En la crónica del *Herald*:

... El general Walker, tomando del brazo a la señora Henningsen, se levantó para irse, entre los vítores de la concurrencia. En todo el trayecto la gente se agolpaba buscando echarle una mirada al héroe. Junto a la puerta era mayor el gentío, apretujándose sobre Walker y Missis Henningsen, tan grande era el deseo de verlo. Mientras tanto, en la calle, la bonita música de la orquesta Dodworth atrajo una inmensa muchedumbre, por lo que el héroe y su bella pareja se vieron de hecho llevados por el oleaje de gente al coche, al que subieron entre vítores y aplausos y se dirigieron a la Casa La Farge.⁶¹

El Comité de Recepción de Tammany Hall los espera en el hotel y ha contratado a la misma orquesta Dodworth para dar una serenata a Walker. La música pronto atrae y congrega 250 personas —párvulos incluidos— en la calle. Después del concierto, de aires patrióticos, Walker sale al balcón y pronuncia otro discurso. Sus memorables palabras y la notable escena las recoge y publica el *Herald*:

DISCURSO DEL GENERAL WALKER

CABALLEROS DE NUEVA YORK —Esta emanación del corazón comprueba que la causa de los americanos en Nicaragua es también la causa de los americanos en los Estados Unidos. (Aplausos.) Sólo una simpatía popular muy honda —sólo el instinto real del pueblo podría causar esa expresión de simpatía. (Aplausos.) Y espero que no sean meramente expresiones de aprobación del pasado, sino que son signos de esperanza y estímulo para el porvenir. (Aplausos.) Confío que prueban que la guerra en Centroamérica no ha terminado —que lo que hay es una tregua, y nada más.

UNA VOZ —Así es. (Aplausos.)

WALKER —En cuanto a mí, yo siento que se ha derramado demasiada sangre noble en esa tierra para dejarla sumida en el suelo —en el futuro debe brotar y producir resultados. (Grandes aplausos.) Uno de nuestros acérrimos enemigos nos ha dado, me parece, el mejor testimonio que asegura el éxito en el futuro. Uno de los diarios matutinos, al comentar sobre mi conducta en Nicaragua, ha creído correcto decir que el único atributo de éxito que yo poseo es la suerte. Me enorgullece tal elogio de parte de un enemigo.

EL GENERAL WALKER ES EL FAVORITO DE LOS DIOS

Cuando Pompeyo regresó de las guerras, le dieron la bienvenida los hombres de Roma: elogiaron su sabiduría, su justicia, su éxito en el Consejo y valor en el campo de batalla: pero sobre todo dijeron que era "el favorito de los dioses". No me sonrojo al decir que yo soy el favorito de los dioses —(aplausos)—pues siento que una Providencia que todo lo dirige, la que nos ha traído hasta aquí, no iba a permitir que hiciéramos tanto para nada. Siento que esa suerte, a como la llaman mis enemigos, pero esa Providencia, que es como la llamo yo, nos llevará con éxito aún, y nos permitirá lograr aún más para la grandeza y la gloria del pueblo americano. (Tremendos aplausos y gritos pidiendo a Henningsen.)

El general Wheat habla enseguida, y luego el concejal neoyorquino Horatio N. Wild, quien les promete a los presentes que así como se adquirieron Texas y California, así se adquirirá Centroamérica y luego Cuba, porque

"el pueblo de este país no va a decir que tenemos suficiente; sino que con el general Walker dirá:

«Ninguna enclaustrada Utica constriñe nuestros poderes.

Mas, si necesario, todo el continente ilímite nuestro es»".

La orquesta toca "Hoza puerco o muere", y la gente se dispersa.

A la mañana siguiente, viernes 19 de junio de 1857, Walker se levanta muy temprano, como siempre, y como siempre, el *Herald* le sigue los pasos, explicando a sus lectores que "el historiador futuro podrá desear algunos detalles de su rutina cotidiana y los pormenores de su vida, tan interesantes con relación a los hombres prominentes".⁶² Después de leer los periódicos y de un desayuno ligero con el capitán Fayssoux, a las ocho de la mañana Walker conferencia con el general Cazneau, con quien conversa una hora. A las nueve, se observa que "de pronto se sobresalta, como si escuchara algún sonido extraño", y luego "los oídos menos aguzados de los presentes" detectan los acordes de una banda de guerra. Es el "Séptimo Regimiento de la Guardia Nacional, que se acerca marchando en la calle". Al asomarse Walker por la ventana, el regimiento se para en doble fila frente a sus habitaciones y le hace "un saludo militar", del cual "el General" se expresa "altamente complacido".

Después recibe varios visitantes: H.A. Cobb, el gobernador Price, el capitán J.C. Rose, el caballero Mr. William Shea, R.B. Hinman, C. Stearns, J.A. Godfrey de California, el oficial de marina G.S. Wiltse, S.J. Anderson, Mr. Paxton, D. Darrow, el capitán Matzdaf, W.C. Jewett "y otros de similar nombradía".⁶³ A cada uno —"algunos de ellos viejos amigos"— Walker le da "un cordial apretón de mano y una palabra afable, y a las damas una sonrisa y el cumplido apropiado". Al mediodía, sale con el general Wheat "a hacer algunas visitas" y regresan en la tarde acompañados del general Henningsen, su señora y el capitán Fayssoux. A las cinco, va a Staten Island con su tío materno Mr. Norvell, uno de los editores del *New York Times*, y ahí pasan la noche.

Tras regresar de Staten Island el sábado en la mañana, Walker pasa varias horas "en conferencia a puertas cerradas" con Henningsen, Wheat, Lockridge, Waters, Fayssoux y otros oficiales "nicaragüenses". Todos se ven muy alegres; el reportero del *Herald* se entera de que se han hecho los arreglos para otra "trifulca" con los "grasientos"; que George Law no sólo va a dar fusiles, sino también dinero, y que otros especuladores concederán una "substantial ayuda" a Walker.⁶⁴ Entre sus visitantes ese día, se menciona al general Hiram Walbridge, excandidato presidencial; asimismo, muchos otros que llegan a indagar el paradero de amigos y parientes. A todos los que indagan, Walker les manda decir que dirijan sus preguntas al "Ayudante General, el mayor John V. Hooff, en Nueva Orleáns, quien tiene todos los papeles y documentos del Ejército Nicaragüense".

Ese día sábado, al igual que todos los días en la Casa La Farge, Walker se acuesta a medianoche. Momentos antes, sus visitas se dan cuenta de que es hora de irse, "al ver al grande hombre paseándose impaciente en el cuarto, à la Napoleón, con las manos juntas atrás". Enseguida manda llamar a sus oficiales del "Estado Mayor" y todos acuden, "aun los que ya estaban en la cama" (que tienen que levantarse) "o donde estuvieren", y Walker "conversa con ellos en su apartamento por un rato" antes de acostarse, ya casi de madrugada à la Napoleón.⁶⁵